

El ambiente sociocultural institucional: su impacto en la educación

VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ

Profesor-Doctor de la Facultad de Educación de la Universidad Complutense de Madrid

Sobre el concepto de ambiente

El concepto de ambiente o clima social, términos que manejaremos indistintamente, cuenta con larga tradición teórica y es frecuente citar como uno de los primeros trabajos la investigación de Halpin y Croft (1963) sobre el clima organizacional escolar. Desde entonces, los estudios de alcance psicológico y pedagógico sobre el clima se han multiplicado y diversificado, hasta el punto de que no es difícil encontrar investigaciones centradas en el ambiente laboral, escolar, familiar, etc. La significación del constructo, del que más adelante ofreceremos alguna definición, está fuera de toda duda, sobre todo porque hay creciente conciencia de la relevante influencia que las condiciones físicas y psicosociales de un ámbito concreto ejercen sobre las personas que habitualmente despliegan algún tipo de actividad en él. Aun cuando entren en juego muchas variables, son innegables las relaciones entre ciertas dimensiones del mundo laboral y determinadas conductas de los trabajadores. Lo mismo cabe decir si se piensa en las interacciones entre vertientes del entorno escolar y el comportamiento de los alumnos o de los profesores. En cuanto al ambiente familiar es bien sabido que ejerce un gran impacto, no siempre positivo, en todos sus miembros, aunque, al igual que ocurre en los otros contextos, no es fácil conocer el signo y la intensidad de los efectos producidos, a menudo diferentes según se trate de una persona u otra.

Admitida la relación entre el sujeto y el entorno, la relevancia del estudio del ambiente deriva de su influencia en la conducta humana y a la inversa, pues como dice Wiesenfeld (2001, 4), persona y ambiente se encuentran “co-implicados”.

Proponemos que se estudie el clima institucional a partir de un modelo a la par humanista y sistémico.

Es frecuente que los modelos teóricos y los dispositivos técnicos evaluativos tengan en cuenta tanto los aspectos materiales como los psicosociales que configuran el ambiente. Con todos los matices que se quiera, la vertiente física y la vertiente relacional, interdependientes, presentan consistencia en los distintos ambientes. Junto a los elementos tangibles del ambiente, como los recursos económicos y tecnológicos o los propios espacios institucionales, hay otros intangibles como las relaciones interpersonales o la implicación de sus integrantes. Entre todos los aspectos contextuales, patentes o latentes, se producen interacciones complejas que no siempre es posible evaluar en detalle.

Acercamiento conceptual al ambiente

Aunque en cierto modo ya hemos ido acotando el concepto en aras de una delimitación aún mayor, debe recordarse que, con arreglo a su etimología, la palabra “ambiente” se deriva del lat. *ambiens, -entis*, “que rodea o cerca”, que nos remite a lo que está alrededor de algo o de alguien. Los trabajos existentes, desde mucho tiempo atrás, han venido explorando y continúan haciéndolo las complejas relaciones entre las personas y su entorno natural o cultural. De hecho, como afirman Pol, Valera y Vidal (1999, 319), la psicología ambiental tiene por objeto de estudio la interacción entre las personas y sus entornos.

Estamos en condiciones de definir el ambiente como “un contexto físico y psicosocial en el que se halla el sujeto, sobre el que influye y que a su vez es influido por él”. Este clima o ambiente, que adopta diversas concreciones, por ejemplo, familiar, laboral, escolar o penitenciario, ha sido evaluado mediante distintos instrumentos, entre los que citamos, por su difusión hace unos años, las Escalas de Clima Social de Moos, Moos y Trickett (1989), diseñadas y elaboradas en su versión original en el Laboratorio de Ecología Social de la Universidad de Stanford (California).

El ambiente es un conjunto organizado –y dinámico– de la realidad física y psicosocial que está integrado en estructuras o sistemas más complejos. A este respecto, es inevitable recordar la valiosa contribución de

Bronfenbrenner (1987, 23-28) a la comprensión del desarrollo humano y en concreto a su concepción del ambiente ecológico como conjunto de estructuras seriadas. A semejanza de las muñecas rusas, cada estructura cabe dentro de la siguiente. El nivel más interno corresponde al entorno inmediato que contiene a la persona en desarrollo; por ejemplo el hogar, la clase... Las complejas interrelaciones dentro del entorno inmediato reciben el nombre de microsistema. El siguiente nivel, conocido como mesosistema, está formado por las relaciones entre los entornos, que pueden ser tan decisivas para el desarrollo como lo que sucede dentro de un entorno determinado. En un tercer nivel, llamado exosistema, se sugiere que el desarrollo de la persona en su ambiente inmediato está afectado profundamente por lo que ocurre en entornos en los que el sujeto no está necesariamente presente, por ejemplo, las condiciones laborales de los progenitores. Ha de agregarse para los tres niveles mencionados que, dentro de un mismo patrón cultural generalizado o macrosistema, los entornos de una misma clase, como el hogar, la calle o la oficina, tienden a ser parecidos entre sí, y a diferenciarse claramente de unas culturas a otras. Complementariamente, lo más importante para la conducta y el desarrollo es el ambiente percibido, más que el ambiente en cuanto realidad "objetiva".

Aun cuando la perspectiva ecológica sumariamente descrita permite advertir la complejidad del ambiente y brinda un marco referencial para comprender la interrelación de entornos, ponemos el foco en lo que denominamos específicamente clima o ambiente sociocultural, del que no se excluyen los elementos físicos o materiales.

Ambiente sociocultural

El ambiente sociocultural, fruto de la interacción entre características personales e institucionales, está constituido por los elementos físicos y humanos. Es el conjunto de condiciones materiales y psicosocioculturales complejas e interrelacionadas que configuran la vida institucional en un determinado momento.

Desde un punto de vista pedagógico, adquiere capital importancia el estudio del influjo del ambiente en el desarrollo de la personalidad.

El entorno educativo puede calibrarse a partir de las dos dimensiones señaladas interrelacionadas. De un lado, la *vertiente física* que comprende el espacio, el edificio, el mobiliario, los materiales, etc. De otro, la *vertiente psicosocial* en la que sobresale por su virtualidad formativa la comunicación y las relaciones entre los miembros de la institución.

El ambiente del aula

A la hora de acercarse al ambiente apropiado en el aula un aspecto de gran trascendencia y aún poco investigado desde la perspectiva psicopedagógica es el discurso docente. El discurso ha de considerarse como una variable constitutiva y estructurante del clima del aula. Si bien el ambiente escolar depende de un amplio conjunto de factores de diversa índole, desde la óptica psicosocial es menester prestar atención al discurso educativo. De acuerdo con el modelo pentadimensional para el análisis del discurso (Martínez-Otero, 2008) se identifican cinco dimensiones interdependientes: instructiva, afectiva, motivadora, social y ética. A partir de dicho modelo se han elaborado sendas tipologías para el profesorado y el alumnado, y creo que en este momento podemos ensayar una clasificación del ambiente de clase según la dimensión discursiva alcanzada:

- **Instructiva. Ambiente adiestrador:** Son aulas tradicionales organizadas en torno a la transmisión de contenidos. El profesor asume el protagonismo en perjuicio del alumno, quien se ve forzado a adoptar el papel de mero receptor. Este proceso de enseñanza-aprendizaje de tipo “vertical”, con el docente arriba y el discente abajo, deja poco lugar a las relaciones interpersonales.
- **Afectiva. Ambiente domiciliario:** Estas clases, bien distintas a las anteriores, se caracterizan por tomarse al pie de la letra aquello de que “la educación es cosa del corazón”. Aunque en este ambiente escolar suele haber mucha interacción entre profesores y alumnos, se soslayan las bases técnicas de la educación y, por lo mismo, queda con frecuencia a merced del voluntarismo estéril o infortunado.
- **Motivadora. Ambiente espectáculo:** En estas clases hay siempre un aire festivo, lo cual en sí mismo no es malo, si no fuese porque en un ambiente tal se busca ante todo encandilar a los alumnos aunque para ello haya de sacrificarse el esfuerzo.
- **Social. Ambiente politizador:** El proceso formativo recibe una orientación política sesgada en función de la parcial ideología docente. Se pretende a toda costa la adhesión del escolar a unas ideas aberrantes. En casos graves se procede a la inoculación del nacionalismo excluyente.
- **Ética. Ambiente sectario:** Es el que corresponde a las clases en las que se adoctrina al escolar. En estas aulas no hay lugar para la reflexión o la crítica, todo se ordena de acuerdo a la moralina correctora de las conductas desviadas de niños y adolescentes.

En los cinco tipos de climas descritos hay una perversión ambiental, derivada de la descompensación y la presión, de efectos claramente adversos sobre el educando. El equilibrio ambiental escolar vendría dado por la presencia de las cinco dimensiones del discurso, aunque insistimos en que se trata sobre todo de tendencias, ya que el ambiente depende de otros factores. Sea como fuere, la estructura discursiva pentadimensional actúa como plataforma facilitadora de las condiciones psicopedagógicas propias del clima genuinamente formativo:

- Ambiente educativo. Es el que corresponde al clima formativo integral. El discurso docente pentadimensional favorece la creación de un ambiente de aprendizaje presidido por la cordialidad, la motivación, la proyección social, la moralidad y la espiritualidad, una metadimensión discursiva. Junto a las notas mencionadas, la atención a la vertiente espiritual facilita el despliegue pleno de la personalidad por medio de la participación y la interacción dialógica.

Hemos pretendido establecer las notas propias de un ambiente adecuado desde la vertiente humana. Si hacemos un esfuerzo de síntesis, e incluimos aspectos deseables en el orden físico, el clima educativo personalizado quedaría integrado por las siguientes características agrupadas en dos niveles:

Plano humano

- Comunicación interpersonal. Es una comunicación auténtica y circular en la que tanto profesores como alumnos participan en ella actuando a la vez como emisores y receptores. En este tipo de comunicación, aunque haya desigual distribución del uso de la palabra, hay verdadera interacción entre educador y educandos.
- Relaciones personales. Las relaciones humanas o sociales ceden el turno a las relaciones personales, lo que permite ganar profundidad, estrechez e intimidad.
- Cordialidad. Se refiere a la sinceridad y al trato afectuoso. La actitud cordial favorece la aproximación y el encuentro.
- Empatía. Es la capacidad para ponerse en el lugar del otro. La empatía permite entender a los demás, generalmente en lo que se refiere a los estados de ánimo.
- Proyección social. Sensibilidad a los problemas y necesidades sociales. Se cultiva la dimensión social del educando de manera que esté en condiciones de participar positivamente en la escuela, en la familia, en la comunidad, etc.

- Cooperación. Frente al individualismo o la rivalidad rampantes, se tejen las relaciones interhumanas a partir de la ayuda y la solidaridad.
- Aprendizaje. Se estimulan el estudio y la experimentación como sendas para adquirir destrezas y contenidos significativos. Se cultiva el pensamiento, la reflexión y la creatividad.
- Alegría. Acaso se condense en este estado anímico el impacto positivo que el ambiente atrayente y motivador tiene sobre el desenvolvimiento del sujeto.
- Diálogo. La educación acontece a través del diálogo. El despliegue de la personalidad únicamente es posible desde la pluralidad de voces o intercambio polifónico.
- Marco ético. Sin la presencia de un contexto regido por valores universalmente deseables la personalización queda suspendida, porque la atmósfera moral en la escuela impregna todo el proceso educativo.
- Espiritualidad. Rezuma humanismo y compromiso pedagógico con la elevación del sentido vital. Posibilita la apertura a la trascendencia.

Plano físico

- Entorno natural. Mantenimiento de un ambiente lo más natural posible, pese a la invasión de ordenadores, vídeos y otras tecnologías.
- Condiciones estimulares apropiadas. Son de sobra conocidos los positivos efectos que las adecuadas características del aire, la temperatura, la iluminación, el color, el olor y el sonido, entre otros factores ambientales, ejercen sobre las personas.
- Asientos y mesas móviles e individuales, de suerte que se puedan realizar variedad de actividades. La educación personalizada precisa flexibilidad.
- Espacio suficiente dentro y fuera del aula que garantice la comodidad, así como la libertad de movimientos y juegos necesarios para el óptimo desarrollo. Es recomendable, asimismo, disponer de dependencias de amplitud variable en las que se puedan realizar distintas tareas.

La relación ofrecida, aun sin ser exhaustiva, revela que la presencia de los factores mencionados da cuenta de la riqueza ambiental escolar, mientras que su ausencia explica el incremento de problemas de salud y de conducta. Sin ir más lejos, como después mostraremos, la discomunicación y la conflictividad en los centros educativos se deben, en parte, a un inadecuado clima educativo. No en vano, las condiciones ambientales aversivas se asocian a trastornos de diversa índole, como estrés, depresión, agresividad,

etc. La psicología ambiental tiene que recorrer todavía un largo camino antes de esclarecer las relaciones concretas entre las variables del entorno y el comportamiento. Lo que resulta indudable es que el ambiente del aula y del centro pueden facilitar o entorpecer el proceso educativo. Un conocimiento más preciso sobre el entorno nos llevará a detenernos en próximos capítulos en algunas de las variables que lo configuran, especialmente en aquellas que más dependen del concurso de los miembros de la comunidad educativa.

La espiritualidad del ambiente educativo

Pese al pragmatismo sórdido en que se halla buena parte de nuestra escuela ha de afirmarse que el genuino ambiente educativo ha de posibilitar el acrecentamiento espiritual. Todos los campos de actuación educativa, por ejemplo la inteligencia, la afectividad, la moralidad, la sociabilidad, la corporalidad, etc., deberían quedar trascendidos por la espiritualidad, entendida aquí como esencia humana, fuerza generatriz, principio superior y aliento vital.

Nuestros estudios sobre el discurso educativo (Martínez-Otero, 2008) nos llevan a hablar de una metadimensión espiritual que ha de permitir una apertura a los enigmas, a la belleza, a la trascendencia, a los valores, al arte y a la creatividad. Un ambiente educativo comprometido con su cultivo promueve el desarrollo interior, sin descuidar por ello los aspectos externos ni renunciar a la ciencia. Esta vertiente espiritual favorece una mayor conciencia de uno mismo, de los demás y del mundo. Un ambiente educativo de este tenor, en particular cristiano, alcanza las cotas formativas más altas posibles, pues se interesa por el sentido existencial y la realización personal en un marco de convivencia. Supone apertura al conocimiento, elevación anímica, motivación, preocupación por los demás y esfuerzo moral.

Lo más sublime de la persona es el espíritu y se llega a él por la senda del conocimiento, el sentimiento, la belleza, la sociabilidad, la ética y, cómo no, la religiosidad. Es un proceso cuesta arriba que permite culminar una labor gradual que se inicia en la infancia y se mantiene a lo largo de toda la escolaridad. Al fin, si el materialismo educativo rebaja la condición personal, el salto espiritual posibilita su plenitud, humaniza.

Bibliografía

BRONFENBRENNER, U. *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós, 1987.

- HALPIN, A. y CROFT, D. "The organizational climate and individual value systems upon job satisfaction". En *Personnel Psychology*, 22, 1963, 171-183.
- MARTÍNEZ-OTERO, V. *El discurso educativo*. Madrid: CCS, 2008.
- MOOS, R. H.; MOOS, B. S. y TRICKETT, E. J. *Escalas de Clima Social*. Madrid: TEA Ediciones 1989.
- POL, E.; VALERA, S. y VIDAL, T. "Psicología Ambiental y procesos psicosociales". En MORALES, F. (Coord.). *Psicología Social*. Madrid: McGraw-Hill, 1999, cap. 24, 317-334.
- WIESENFELD, E. (2001). "La problemática ambiental desde la perspectiva psicosocial comunitaria: hacia una Psicología Ambiental del cambio". En *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 2 (1), 1-19. Recuperado de: http://cuva.uta.cl/index.php?option=com_k2&view=item&task=download&id=1239_db260a2919674f4d922d8952835a6bc2